



La Donçella de Orleans

Voltaire [François-Marie Arouet]

Traducció de Juan Victorio

Prólogo de José María Merino

El destino de Francia no puede residir en el himen de una mujer. Para defender esta teoría, Voltaire compuso en 1730 un poema épico burlesco en versos decasílabos con el que pretendía reirse de la sagrada virginidad del mito más arraigado en la Francia de su época, Juana de Arco. *La Pucelle*, publicada por primera vez parcialmente en 1755 en una edición clandestina, y en 1762 con sus veintiún cantos definitivos e ilustraciones de Jean-Michel Moreau (Moreau el Joven) —que han sido recuperadas para esta edición—, se mofaba abiertamente de la superstición defendida a ultranza por los poderes clericales más intransigentes. *La doncella de Orleans* se ha editado ininterrumpidamente en España desde 1823 y en 1919 la editorial Prometeo la incluyó en su catálogo con los grabados de Moreau el Joven, traducida en prosa por un autor anónimo. Juan Victorio, premio Stendhal de traducción, la ha vuelto a trasladar al español, en una versión que respeta el ritmo y juega con la rima del texto original, lo que permite apreciar en toda su intensidad la agudeza burlesca de Voltaire. La edición, prologada por José María Merino, rescata y actualiza un canto «vitalista y epicúreo», en palabras del prologuista, a favor de la sensualidad y el erotismo. Y al mismo tiempo supone, por la vía del sarcasmo y el humor, una defensa de la Razón contra los excesos de la Fe.

PRÓLOGO

por José María Merino

«SIENDO UN ADOLESCENTE, hace ya muchos años»... El inicio del canto VII de este poema es muy adecuado para que comience recordando mi primera lectura de *La Doncella de Orleáns*, tras el momento en que llegaron a la biblioteca paterna las obras completas de Víctor Hugo y las de Voltaire, dos colecciones de libros grandes —seis los del primero, cuatro los del segundo— editadas en Valencia en el último cuarto del siglo XIX. He podido heredar las de Víctor Hugo, ilustradas con pintorescas cromo-litografías, pero no las de Voltaire, que esta edición me ha hecho evocar con certeza, pues *La Doncella*... estaba allí adornada con los mismos grabados de Jean-Michel Moreau.

En aquellos tiempos sufría —sufríamos— de lleno la educación del franquismo, saturada de impregnación clerical: estúpida autocomplacencia, dogmatismo intolerante y, sobre todo, un culto obsesivo a la llamada «castidad», una pudibundez que, vista con la distancia de los años, resulta morbosa, más que ridícula, y para la que todo lo relacionado con el erotismo era considerado sucio, repelente, depravado y extremadamente pecaminoso.

Nuestros piadosos pastores estaban además muy alerta frente a las posibles contaminaciones lúbricas que pudiesen afectarnos por la vía de la lectura. Uno de los libros de la biblioteca de mi colegio, apenas nutrida por ciertas obras de meliflua religiosidad, de «autoayuda» para la continen-

cia sexual y de ñoñas novelitas ejemplares escritas por un clérigo belga, era *Lecturas buenas y malas a la luz del dogma y de la moral*, del padre Garmendía de Otaola S.J., que hablaba sobre el mal que han hecho a la Humanidad los librereros perversos y los escritores sin conciencia, y trataba a Voltaire como a un ser demoníaco.

También en nuestros manuales, François-Marie Arouet alias Voltaire era considerado el ejemplo límite de la impiedad, el paradigma de los enemigos de la Iglesia, un espécimen rastrero, protervo, capaz de nefastas influencias. Naturalmente que sus obras estaban en aquel *Index Librorum Prohibitorum et Expurgatorum* donde, entre muchos otros, se encontraba también aherrojado Víctor Hugo, con Anatole France, Balzac, Rabelais, Zola, Descartes, Erasmo, Stendhal, Galdós, Unamuno... Así que, como el *Índice* sólo dejó de estar vigente en 1966, gran parte de la biblioteca paterna olía a azufre y excomunión, y mi afición a la lectura hizo de mí un temprano réprobo.

Sin embargo, lo primero que me transmitió *La Doncella...* no fue el evidente ataque que supone contra la religión y la prepotencia eclesiástica, que ha constituido su principal signo de identidad, pues la verdad es que a mí no me escandalizaban los frailes rijosos que aparecen en la obra, ni el irreverente enfrentamiento entre los santos protectores de Francia y de Inglaterra, ni que el centro del poema esté constituido por la figura de la patrona de Francia grotescamente tratada, acaso porque ya sabía lo que era la sátira literaria, y había leído el *Lazarillo* y algunos textos más o menos escatológicos de Quevedo.

Lo que verdaderamente me hizo penetrar en un territorio nuevo fue la turbación sensual que la lectura de este libro fue capaz de hacer vibrar en mí, al describir los primeros carnales de sus heroínas y sus apasionados encuentros con sus amantes, y que he vuelto a sentir con su lectura como cuando se recupera un sabor originario.

Creo que los encantos femeninos de la graciosa y casi involuntariamente promiscua Agnés Sorel, como los de la desdichada Dorotea, los de la intrépida Rosamore y los de la abnegada Juana fueron los primeros que tuve ocasión de conocer, al menos de modo virtual, y pienso que en mi pasión de lector, que había empezado muy de niño con algunos libros inolvidables —*Heidi*, *La isla del tesoro*, *Tom Sawyer*— y que se había fortalecido con los primeros *Episodios Nacionales* de Galdós y el *Pickwick* de Dickens, este libro supuso un paso firme en una convicción que nunca he perdido: que la literatura es un modo específico de conocimiento de la realidad, que no puede ser sustituido de ninguna manera.

Se puede decir que estas hermosas e incitantes heroínas de Voltaire me abrieron los ojos y los sentidos al júbilo del gozo de los cuerpos amorosos, y como las sesiones amoratorias del poema suelen estar acompañadas de deliciosos bocados, también a la imaginación de la sensualidad del banquete refinado.

Sin duda que el sarcasmo con que en el poema son afrontados todos los temas sacros y solemnes, sobre todo las peripecias de la santa patrona de Francia, debió de influir en mi perspectiva de ciertas realidades, aunque el hecho de que aquel libro hubiese llegado a la biblioteca familiar indica que mi ambiente íntimo no estaba sometido a la ignorante beatería que predominaba en la sociedad de la época. Entonces desconocía que el primer manuscrito del poema había circulado de modo clandestino durante mucho tiempo, en vida de su autor, por el grave atentado que suponía al sistema de valores establecido y a la preponderancia eclesiástica, y que sólo el progresivo deterioro del texto furtivo, con interpolaciones y falseamientos, había forzado a Voltaire a asumir su autoría y a fijar la forma verdadera del poema, pero al leerlo, consciente del grave atentado contra los valores establecidos, mi principal atención

se fijó sobre todo, como he dicho, en los aspectos eróticos y libidinosos.

Releído con la distancia de tantos años, creo que *La Doncella de Orleáns* es sobre todo un canto vitalista y epicúreo a los placeres del cuerpo, de los que son feroces enemigos tanto las doctrinas represoras como las guerras y los enfrentamientos bélicos:

«¡Hermana de la Muerte, devastadora Guerra / honor de los matones que por héroes tenemos...!», comienza diciendo el Canto XIX.

Por otra parte, la irreverencia del poema, tan escandalosa para algunos, no debería hacernos olvidar que Juana de Arco no murió como consecuencia de ninguna sátira, sino asada viva en una hoguera en 1431, como bruja y hereje, por condena de la misma Iglesia que, con la inconsecuencia que le permite su larga vida, la incorporaría al santoral en 1920.

En el fondo del poema late una especie de «Carpe diem» que se opone a la hipócrita abstinencia de las religiones cuyo dios único no es capaz de reír —recordemos a los jocundos dioses clásicos— y a las trompetas beligerantes de las patrias. El poema resulta también un homenaje a la épica de héroes y caballeros que proviene del mundo antiguo y pasa por el ciclo artúrico y el *Orlando Furioso*, y su intención burlesca, por muy corrosiva que pueda resultar, no le impide ser una historia bizantina entretenida y bien trabada, de encuentros y desencuentros entre peligros incesantes, otra historia magistralmente hilvanada por quien en *Cándido*, *La princesa de Babilonia* o *Micromegas* demostró su genialidad para exponer las ideas filosóficas sin que se pierda el interés dramático ni el pulso narrativo.

Voltaire vuelve a estar de sorprendente actualidad en los tiempos que corren, cuando las caricaturas del profeta Mahoma en una oscura publicación han provocado manifestaciones multitudinarias con víctimas humanas y graves conflictos internacionales, y cuando el Santo Pontífice, muy

lejos ya de la «risa pascual», formula en su última encíclica la requisitoria de una autocrítica de la modernidad desde la exigencia de la rendición incondicional —la razón, sólo mediante «la apertura... a las fuerzas salvadoras de la fe» se transforma en una «razón realmente humana», pues en caso contrario el hombre «se convierte en una amenaza para sí mismo y para la creación», y un reino «instaurado sin Dios» desemboca en el final perverso de todas las cosas...— imponiendo una especie de exclusiva y excluyente «ley natural» metafísica y tergiversando el pensamiento racional estricto —Razón versus Fe— surgido a partir de la Ilustración.

Así, por encima de otras consideraciones, esta risueña y hasta bufonesca *Doncella*... puede resultar al menos un arma defensiva de la sospechosa Razón simplemente humana, ya que no hay cosa mejor que el sarcasmo para hacer tambalearse las apariencias pomposas y carcomer la rigidez de los dogmas.

La versión que yo leí en mi lejana adolescencia estaba en prosa, y, por lo que he podido apreciar, la misma traducción —de anónimo autor— se ha utilizado a través de los años, en sucesivas ediciones. La presente edición muestra *La Doncella*... traducida por primera vez por Juan Victorio al español desde el propósito de respetar el verso. Para hacernos una idea de lo que ha supuesto esta versión basta comparar los diferentes textos del inicio del Canto I. En francés:

*'ous m'ordonnez de célébrer des saints:
 la voix est faible, et même un peu profane.
 faut pourtant vous chanter cette Jeanne
 qui fit, dit-on, des prodiges divins.
 Ille affermit, de ses pucelles mains,
 les fleurs de lys la tige gallicane,
 eut son roi de la rage anglicane,
 et le fit oindre au maître-autel de Reims.*

Veamos el mismo fragmento en la versión española anónima que se repite desde el siglo XIX:

Yo no he nacido para cantar a los santos. Mi voz es débil y algo profana. Sin embargo es preciso que cante a la célebre doncella, que según voz pública, realizó prodigios divinos. Aseguró con sus manos virginales las flores de lis de la Galia, salvando a su rey de la rabia de los anglicanos, y consiguió ungrle con el óleo sagrado en el altar mayor de Reims.

Y ahora, la versión en verso de esta edición:

*Para alabar a santos no he venido a la vida
 pues mi voz es muy débil y hasta un poco profana.
 Dicho lo cual, sí quiero celebrar a una Juana
 que al parecer obró grandiosas maravillas.
 Fue quien consolidó, con sus manos divinas
 el tallo galicano de las flores de lis,
 y que salvó a su rey de la furia anglicana
 quien lo coronó en el altar de Reims.*

Juan Victorio ha optado por un estilo cercano al cantar de gesta, presentando cada verso en dos hemistiquios de siete versos, y jugando convenientemente con la estructura de las estrofas. El resultado del enorme esfuerzo es excelente, pues su traducción conserva el tono clásico sin perder la cercanía irónica, es a la vez culta y popular, y responde en todos sus extremos al espíritu burlesco y divertido con que este poema se concibió.

JOSÉ MARÍA MERINO
 27 de Diciembre de 2007

A lo largo del relato, se van a citar nombres procedentes de la Biblia, de la mitología, de la historia de Francia, autores contemporáneos de Voltaire, escritores por él vilipendiados o ensalzados, además de los necesarios para el desarrollo de la acción. El lector culto sabrá sin duda reconocerlos. En caso contrario, sospechará a qué grupo pertenecen.

Nota del traductor

PREFACIO

de Fray Apuleyus Risorius
(Benedictino)

DAMOS LAS GRACIAS a esa buen alma gracias a la cual nos ha llegado una Doncella. Este poema heroico a la vez que moral fue compuesto allá por el año 1730, como bien saben los doctos y como se puede apreciar por varios indicios de esta obra. Vemos en una carta de 1740, impresa en la colección de los opúsculos de un gran príncipe, aparecido bajo el nombre de Philosophe de SansSouci, que una gran princesa alemana, a la que se le había prestado el manuscrito para que se limitara a leerlo, quedó tan conmovida por la circunspección que reina en un tema tan escabroso como éste, que se pasó un día con su noche copiándolo y transcribiendo por su propia mano los fragmentos más morales.

Es esta misma copia la que finalmente nos ha llegado. Pues no son pocos los jirones de nuestra Doncella que se han publicado, lo que ha servido de escándalo para los verdaderos amantes de la sana literatura al verla tan terriblemente desfigurada. Editores hay que la han publicado en quince cantos, otros en dieciséis, otros en dieciocho y no faltan los de veinticuatro, bien copiando uno de ellos en dos, bien llenando las lagunas que hasta el famoso Verthamon, saliendo del cabaret en busca de aventuras galantes, habría desaprobado.

He aquí, pues, a Juana en toda su pureza. Haríamos un juicio temerario si citásemos al autor al que se atribuye este poema épico. Baste, pues, con que el lector sepa hallar alguna información a partir de la moralidad oculta bajo las alegorías del poema.

Por otra parte, ¿qué importa conocer al autor? Hay muchas obras que los doctos y los sabios leen gustosamente sin saber quién las ha escrito.

Lo que más nos consuela es que en esta nuestra Doncella se encontrarán muchas menos cosas atrevidas y libres que en todos los grandes autores italianos que han escrito sobre el asunto.

Verum enim vero, y empezando por Pulci, no nos gustaría nada el que nuestro discreto autor se hubiese permitido las mismas pequeñas libertades que ese doctor florentino en su Morgante. Este tal Luigi Pulci, un muy serio canónigo, compuso su poema, allá por la mitad del siglo xv, para la signora Lucrecia Tornabuoni, madre de Lorenzo de Médici el Magnífico, a la que al parecer recitaba el Morgante sentado a su mesa, lo cual constituyó ser un segundo poema épico. Y hubo grandes discusiones acerca de si se trataba de una obra seria o humorística.

Los primeros se basan en el exordio de cada canto, que comienza con versículos del Evangelio. Por ejemplo, éste del primer canto:

*1 principio era il Verbo apresso a Dio;
d'era Iddio il verbo, e 'l Verbo lui.
2uesto era il principio al parer mio, etc.*

Si el primer canto empieza con el Evangelio, el último termina con el *Salve regina*, lo que puede justificar la opinión de los que han creído que el autor escribía muy en serio, dado que, en aquellos años, las obras de teatro que se

representaban en Italia se inspiraban en escenas de la Pasión y de vidas de santos.

Los que, por el contrario, consideran que Morgante es obra burlona sólo han tenido en cuenta alguna que otra osadía un tanto desmesurada a la que el autor se entrega.

Así, por ejemplo, cuando Morgante le pregunta a Margutto si es moro o cristiano:

*... se egli crede in Cristo o in Maometto.
Risponde allor Margutto: «A dirtel tosto,
io non credo piu al nero che al azzuro...
Ma sopra tutto nel buon vino ho fede,
credo che sia salvo chi gli crede.
Or queste son tre virtù cardinale:
io gola, e'l culo, e'l dado, come t'ho detto».*

Les ruego que tengan en cuenta que Crescimbeni, que no encuentra obstáculo alguno para incluir a Pulci entre los verdaderos autores épicos, aclaró, para disculparlo, que era el escritor más modesto y mesurado de su época (*il più modesto e mesurato scrittore*). El hecho es que fue el precursor de Boyardo y de Ariosto. Es gracias a él el que los Rol-dán, los Oliveros, etc., fueron célebres en Italia, y se puede equiparar a Ariosto por la pureza de su lengua.

Se hizo después una muy bella edición con *licenza dei superiori*. Desde luego que no soy yo quien la ha hecho. Porque si nuestra *Doncella* hablase tan impúdicamente como ese Margutto, hijo de un sacerdote turco y de una monja griega, no se me hubiese ocurrido ni por asomo imprimirla.

No se encontrarán en Juana las mismas temeridades que en Ariosto. Como tampoco en un san Juan que vive en la luna y que dice:

... illi scrittori amo, e fo il debito mio

*he al vostro mondo fui scrittore anch'io...
 ben convene ad mio lodato Cristo
 anderni guiderdon di si gran sorte, etc.*

Esto es atreverse. San Juan se toma ahí una libertad que ningún santo de la *Doncella* se atrevería a tomar. Pues da a entender que Jesús debe su divinidad al primer capítulo de san Juan, y que este evangelista se mostró generoso. Discurso tal huele un tanto a herejía sociniana. Pero nuestro discreto autor no ha llegado a tales excesos.

Nos es también motivo muy edificante el que nuestro modesto autor no haya imitado ninguna de nuestras obras antiguas, que fueron estudiadas por el sabio Huet, arzobispo de Arranches y por el compilador abad Lenglet. Baste con leer placenteramente el Lanzarote del lago, en su capítulo titulado De cómo Lanzarote se acostó con la reina y cómo el señor de Lagant la retomó, para darse cuenta del gran pudor de nuestro autor si se le compara con los antiguos.

¿Y *quid dicam* de la historia de Gargantúa, dedicada al cardenal de Tournon? Sabido es que el capítulo de los Limpiculus es uno de los más modestos de la obra.

No nos detendremos aquí con los modernos. Nos limitaremos diciendo solamente que todos los viejos cuentos imaginados en Italia y versificados por La Fontaine son aún más inmorales que nuestra *Doncella*. Por lo demás, les deseamos a todos nuestros graves censores aquellos delicados sentimientos del bello Monrose; a nuestros mojigatos, si los hay, la ingenuidad de Agnés y la ternura de Dorotea; a nuestros guerreros, el brazo de la sólida Juana; a todos los jesuitas, el carácter del buen confesor Bonifoux; y a todos aquellos que están al servicio de algún palacio, las atenciones y el saber hacer de Bonneau.

Creemos además que esta obrita es remedio excelente contra los vapores que afligen en nuestros días a muchas damas y a no pocos curas. Y aunque no hubiésemos hecho

más que este servicio al público, creeríamos que con eso no habríamos perdido el tiempo.

CANTO I

HONESTOS AMORÍOS DE CARLOS VII Y AGNÉS SOREL. ORLEÁNS ES SITIADA POR LOS INGLESES. APARICIÓN DE SAN DENÍS

ARA ALABAR a santos no he venido a la vida,
 ues mi voz es muy débil y hasta un poco profana.
 ¡Dicho lo cual, sí quiero celebrar a una Juana
 que al parecer obró grandiosas maravillas.
 Fue quien consolidó con sus manos divinas
 el tallo galicano de las flores de lis,
 que salvó a su rey de la furia anglicana
 quien lo coronó en el altar de Reims.
 Esta Juana mostró con su aspecto de niña
 que, bajo su corsé y su ropa interior,
 escondía a un Roldán por su firme valor.
 Para pasar mis noches otra mujer prefiero,
 una belleza dulce, mansa como un cordero,
 a la que Juana tenía un corazón muy fiero:
 como leáis mis versos muy bien lo podréis ver.
 Quedaréis asombrados de sus muchas hazañas,
 pero de todas ellas la que fue más extraña
 es la que durante un año salvó su doncellez.
 ¡Oh, insigne Chapelain, que con severo tono
 me muy desentonante y gótica memoria
 arrancados del arco maldito por Apolo
 en modo tan severo contaste ya la historia!
 ¡Si tuvieras a bien tu ingenio aquí prestarme,
 ¡Chapelain memorable, para imitar tu arte!